

Sergio Silva, SS.CC.

Profesor de la Facultad de Teología, U.C.

La inagotable realidad. Ciencia, Filosofía y Teología: mediaciones recíprocas

1. PUNTO DE PARTIDA

En este seminario estamos explorando, desde diversas perspectivas, las relaciones entre Filosofía y Teología. Una perspectiva posible –que es la que adopto aquí– es la de su (diverso) acceso a la realidad.

Adoptarla implica extender el problema en dos direcciones. Una, por la necesaria incorporación de la ciencia, que tiende a convertirse, en la época en que la modernidad alcanza su plenitud, en el acceso privilegiado a la realidad. La segunda dirección tiene en cuenta la experiencia de realidad que hace el hombre común, como base a partir de la cual surgen los modos especializados de las diversas ciencias, de la filosofía y de la teología.

Dicho esto, tengo que explicar una serie de supuestos que subyacen a la perspectiva adoptada.

De partida, la idea de realidad. La entiendo como el conjunto de lo que tiene ser (en alguna de sus múltiples formas: temporal e intemporal, real e ideal, etc.) y que es, por lo mismo, de algún modo experimentable por el ser humano, en el sentido que podemos hacer experiencia de ello. Postulo que la realidad así entendida es inagotable: nunca un ser humano individual ni la humanidad en su conjunto lograrán hacer la experiencia de la totalidad de la realidad.

En seguida, la idea de acceso a la realidad. No se trata, a mi entender, de que el hombre esté ante la realidad como quien está ante un edificio, es decir, primero necesariamente fuera de él y luego, mediante el cruce de la puerta, dentro de él. No. Los seres humanos nos hallamos siempre ya inmersos en la realidad, en contacto con ella. Si podemos hablar de acceso a la realidad, hay que precisar que se trata del acceso cognoscitivo, es decir, de la iluminación de ese contacto ya tenido con la realidad, lograda gracias a nuestras facultades intelectuales. Se trata, pues, de un acceso segundo, reflexivo, que supone el acceso primero, preteórico, dado con la sola existencia (de espíritu corporal, sensitivo), que nos hace capaces de recibir la realidad en nosotros. Con esto queda explicado en qué sentido la experiencia de realidad que hace el hombre común es la base a partir de la cual surgen diversos modos especializados de acceder intelectualmente a la realidad. Sin embargo, me parece necesario advertir de inmediato que esa reflexión sobre la experiencia no deja a la experiencia intocada, sino que actúa a su vez sobre ella, transformándola: la reflexión altera nuestra experiencia prerrefleja

de la realidad, de modo que se origina una espiral inacabable entre experiencia y reflexión.

En tercer lugar, lo dicho acerca de las ideas de realidad y de acceso a ella nos muestra un doble carácter histórico de nuestro acceso cognoscitivo a la realidad: por un lado, dado que la realidad es inagotable, a lo largo del tiempo podemos acceder a nuevas zonas de ella o de manera más profunda o simplemente nueva a zonas ya experimentadas; por otro lado, dado que a partir de la experiencia se descubren cada vez nuevos modos de reflexión e iluminación intelectual, que inciden sobre la experiencia misma, a lo largo del tiempo van cambiando tanto la experiencia de realidad que hacemos como nuestro acceso reflexivo a ella. De ahí la importancia de incorporar hoy las ciencias modernas al diálogo que busca establecer las relaciones y límites entre filosofía y teología.

Por último, entre filosofía y ciencias, por un lado, y teología, por otro, se da una cierta asimetría, por el hecho de la necesaria presencia de la fe en la base de la teología, fe que en el caso de esta ponencia es la cristiana católica. En cierto sentido, las ciencias y la filosofía son a la experiencia humana común como la teología es a la fe. Es decir, así como las ciencias y la filosofía son formas de la reflexión intelectual de la experiencia humana común, así también la teología es un tipo de reflexión intelectual de la experiencia de la fe. Pero la asimetría no es total, porque la fe, más que un sector especial de la existencia, es un modo particular de vivir la experiencia humana común.

Termino esta primera aproximación señalando el valor que veo en la perspectiva aquí adoptada. Este valor consiste en enfocar las afirmaciones de la filosofía, las ciencias y la teología no como meras afirmaciones acerca de la realidad, sino como expresiones reflexivas de una experiencia antecedente de realidad. Cuando las relaciones se enfocan sólo en el nivel de las afirmaciones y en cuanto susceptibles de ser verdaderas o falsas, como a menudo se trata de afirmaciones contrarias o incluso contradictorias, se llega rápidamente a un callejón sin salida o se cae en una actitud que busca vencer al contrincante, como nos muestra la historia de las relaciones entre filosofía y teología, por un lado, y teología y ciencias, por el otro. En la perspectiva que aquí propongo, las respectivas afirmaciones son referidas a sus respectivos orígenes, a esa experiencia de realidad iluminada cada vez de manera diversa. Así, las afirmaciones quedan relativizadas y las relaciones se establecen no tanto entre los resultados pensados por cada disciplina, siempre abstractos, cuanto entre los diversos esfuerzos concretos por pensar la experiencia de la realidad.

Quizá está de más decir que en esta ponencia se trata de proponer una hipótesis, que presento para ser debatida, incluso combatida y eventualmente rebatida; porque lo que interesa por encima de todo es ver justo.

2. EL RECURSO A UNA ANALOGIA GEOMETRICA

Pienso que una analogía tomada de la geometría nos puede ayudar a ver con mayor exactitud lo que ocurre entre las diversas ciencias, la filosofía y la teología. (Espero hacerla no con ese espíritu geométrico denunciado por Pascal, sino con espíritu fino, ese que penetra respetuosamente en el misterio que desborda al hombre y no se queda sólo con lo calculable, lo que cabe en las redes cognoscitivas y activas que echamos a la realidad.)

La analogía que propongo es la de una figura geométrica llamada cono circular de base recta. Cortado el cono por diversos planos, da origen en esos planos a diversas figuras: circunferencia, si el plano es perpendicular al eje del cono; parábola, si el plano es paralelo a una generatriz (una de las líneas rectas que pasando por el vértice del cono constituyen su superficie); hipérbola, si el plano es paralelo al eje; y elipse en cualquier otro caso. Como en toda analogía, hay aquí aspectos que iluminan nuestro problema –son los que voy a exponer– y otros que no nos sirven y que pueden ser utilizados para rechazar la analogía; no me detendré en ellos.

Si asimilamos la realidad al cono, las ciencias (y, por el momento, también la filosofía y la teología) son los cortes que diversos planos hacen al cono. Estos cortes no son arbitrarios, sino que se encuentran prefigurados en los diversos sectores de la experiencia común; las ciencias modernas lo que hacen es producirlos deliberadamente (es la obra del experimento o, en su defecto, de la observación controlada) y luego elaborar sistemáticamente sus contenidos, ayudadas de la lógica y, cada vez más, de las matemáticas. Podemos decir que cada corte es verdadero, en el sentido que es el resultado que da el cono al ser requerido por el plano que lo corta, es la huella que deja en ese plano. La analogía nos muestra también que el resultado de cada corte está en dependencia directa del punto de vista desde el cual se traza el plano que corta el cono.

Podemos dar un paso más. El hecho de que los resultados obtenidos por cada corte del cono sean diferentes puede llevar a dos posiciones contrarias. Una, que me parece mala, porque impide penetrar más a fondo en el cono-realidad, es la de rechazar todo resultado que contradiga o sea simplemente diferente del que hemos obtenido desde un punto de vista dado, erigido así, sin motivo, en el único posible o el mejor. La otra posición, que es la buena, porque permite seguir explorando el inagotable cono-realidad, consiste en aceptar la pluralidad de cortes y buscar la posibilidad de su integración. La primera postura se ha dado frecuentemente, tanto en las ciencias modernas (son conocidos los positivismos y cientismos de variados matices) como en la filosofía y la teología (con sus no poco frecuentes absolutizaciones y dogmatismos). La segunda postura reconoce el carácter particular –por lo tanto limitado y parcial– de cada punto de vista, al que corresponde cada vez un aspecto –igualmente particular y por lo tanto parcial y limitado– de la realidad.

La experiencia común nos dice que existe el cono y que es uno; la filosofía, basada en esa experiencia, mantiene la preocupación por la integración de los diversos aspectos logrados desde cada punto de vista particular; la teología, desde la experiencia de la fe, afirma la existencia del vértice del cono, ese punto central por donde pasan todas las líneas que lo constituyen y que dibujan, en los planos de cada corte, las diversas figuras del conocimiento humano.

Lo expuesto hasta aquí nos indica que para iluminar las relaciones entre ciencias modernas, filosofía y teología tenemos que abocarnos a tres tareas: describir primero en general cómo se constituye un punto de vista sobre la realidad; describir luego los diversos puntos de vista de las ciencias modernas, la filosofía y la teología; y terminar explorando las relaciones que se pueden dar entre ellas. Por su naturaleza misma, las dos primeras tareas hay que realizarlas a la vez, no en pasos sucesivos.

3. LA CONSTITUCION DE LOS DIVERSOS PUNTOS DE VISTA SOBRE LA REALIDAD

Para describir la constitución de los diversos puntos de vista sobre la realidad me parece que hay que atender a tres niveles diferentes: el personal (o individual), el común (o propio de la especie humana) y el propiamente científico (o metódico).

a) *El nivel personal*

Cada ser humano tiene un punto de vista único e irrepetible, que produce un corte original de la realidad. Influyen en este punto de vista las capacidades personales de contacto con la realidad, pero también la cultura recibida y la experiencia vivida, que van dando a esas capacidades una configuración particular. Así, confluyen en cada punto de vista, por un lado, la herencia natural –las capacidades intelectuales y de sensibilidad que la persona ha recibido– y, por otro, la cultura del grupo en que la persona se ha desarrollado y su propia experiencia personal, que dan forma a esa dote natural, estimulando el desarrollo de algunas capacidades y frenando el de otras.

Individuos que llamamos geniales hacen la historia de las ciencias, de la filosofía y la teología, en la medida en que realizan un corte nuevo sobre la realidad, mostrando aspectos de ella hasta entonces ocultos, o en que logran integrar diversos puntos de vista hasta entonces inconexos.

b) *El nivel común*

Sin embargo, como ha mostrado Jürgen Habermas en su obra *Conocimiento e Interés* (1), por debajo de estas capacidades individuales y su configuración cultural e histórica, se encuentran ciertas realidades colectivas, propias de la especie humana en cuanto tal, que las hacen posibles y que determinan ciertos tipos de puntos de vista y de cortes de la realidad al interior de los cuales se dan las variaciones individuales y sus configuraciones histórico-culturales. Por un lado, se trata de estructuras de la naturaleza humana, tanto corporal como espiritual; por otro, de realidades colectivas de la humanidad –como el trabajo, la convivencia, la autoridad– que hacen posibles los diferentes puntos de vista que tipificamos como las diversas ciencias modernas, la filosofía, la teología (a los que habría que agregar la estética, como capacidad de percibir la belleza de lo real), porque organizan la experiencia de la realidad de diversa manera, abriendo el acceso a cada vez distintos aspectos de la realidad. Podemos intentar especificar estas condiciones de posibilidad naturales e histórico-culturales para seis tipos de cortes de la realidad, los tres primeros tomados de la obra de Habermas recién citada.

1) Las ciencias empírico-analíticas son un corte específico de la realidad de la naturaleza externa. Sus condiciones de posibilidad naturales son ciertas capacidades dadas en la naturaleza corporal del hombre, que le permiten medir el peso, la longitud y el tiempo; constituyen lo que en teoría de la ciencia se suele llamar “protofísica”.

(1) Jürgen Habermas, *Erkenntnis und Interesse*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1968. Traducción castellana: *Conocimiento e Interés*. Madrid, Taurus, 1982.

Habría que añadir la capacidad que análogamente podemos llamar “protoestadística” y que –como ha mostrado Piaget en sus estudios del desarrollo de la inteligencia (2)– está incorporada en la forma misma como proceden nuestros sentidos, tomando muestras de lo real y elaborándolas hasta captar los objetos concretos.

Sus condiciones culturales de posibilidad están dadas por la realidad del trabajo productivo, necesario para la subsistencia de los miembros de todo grupo humano. En el contexto vital del trabajo, contexto que es precientífico, se dan ciertos procesos de aprendizaje que luego las ciencias empírico-analíticas no hacen más que prolongar sistemáticamente. Se trata del aprendizaje del quehacer instrumental o técnico, es decir, del desarrollo de la capacidad de usar ciertos objetos como instrumentos o herramientas que permitan manejar ciertos elementos y procesos de la naturaleza para obtener de ella los bienes necesarios para satisfacer las necesidades de la subsistencia.

2) Las ciencias histórico-hermenéuticas son un corte específico de la realidad humana. Sus condiciones de posibilidad en la naturaleza humana están constituidas por la capacidad simbólica del hombre, base de su capacidad lingüística.

Su condición cultural de posibilidad está dada por el fenómeno de la comprensión, que se da en un nivel precientífico en todo grupo humano que logra resolver el desafío de la convivencia entre sus miembros. Se trata de una doble comprensión –la comprensión de sí y la comprensión entre los miembros del grupo– hecha en el contexto de una tradición compartida por el grupo y mediante la interacción mediada simbólicamente entre sus miembros.

3) Las ciencias críticas hacen un nuevo corte de la realidad humana, desde la perspectiva de la búsqueda de la vida buena, de lo que debe ser una vida que merezca el nombre de humana. Su condición de posibilidad en la naturaleza humana es la capacidad de reflexión del hombre sobre sí mismo y su propia historia, la capacidad de hacerse transparente para sí mismo, discerniendo lo que le es dado por la naturaleza de lo que es mera excrecencia histórica no necesaria y por lo tanto transformable.

Su condición cultural de posibilidad la constituye la experiencia de la dominación y la dependencia que se da en todo grupo humano, desde la familia en adelante, como contracara del necesario ejercicio de la autoridad en el grupo.

4) La filosofía tiene como condición de posibilidad la capacidad del ser humano de preguntarse por el sentido de su vida y de la realidad; su condición colectiva de posibilidad es la existencia de la cultura como intento de respuesta a la pregunta por el sentido.

5) La teología tiene como condición de posibilidad en el ser humano la existencia en él de lo que la Sagrada Escritura y las culturas tradicionales llaman el “corazón”, es decir, ese centro de la persona que, junto con integrar la multiplicidad que constituye al hombre, es el órgano para el encuentro con Dios. La condición de posibilidad de la teología es, pues, la paradoja del ser humano de tener un centro excéntrico, la paradoja de no poder centrarse sino en Dios, es decir, teniendo el centro de sí fuera de sí.

La condición cultural de posibilidad de la teología está dada por la existencia de la institucionalidad religiosa, puesta –hasta los Tiempos Modernos– en el centro de las culturas.

(2) Jean Piaget, *Psicología de la Inteligencia*, Buenos Aires, Psique, 1955.

6) A estos cinco cortes cognoscitivos específicos de la realidad hay que añadir, a mi juicio, el de la estética. Su condición natural de posibilidad es la capacidad del hombre de percibir fruitivamente lo real. Su condición cultural es la organización colectiva de la fiesta.

c) *El nivel metódico*

En un sentido amplio, la ciencia se constituye cuando se establece un modo metódico de explorar cada uno de los diversos tipos de puntos de vista sobre la realidad y sus respectivos cortes de la realidad; un modo de sistematizar el conocimiento logrado desde cada punto de vista.

1) Las ciencias empírico-analíticas de la naturaleza se constituyen en torno a Galileo, que fue el primero en reflexionar sobre su método. Galileo reconoció en él dos momentos, que llamó compositivo y resolutivo, y que equivalen a los momentos analítico y empírico en la terminología de Habermas. El momento compositivo o analítico es el del establecimiento de una hipótesis que vincula (compone) matemáticamente el comportamiento de dos o más variables mensurables; aquí tiene plena cabida la imaginación creadora del científico, que debe inventar un modo de vinculación. El momento resolutivo o empírico es el del experimento que busca contrastar con la realidad empírica esa hipótesis y resolver si es verdadera o falsa. (Hoy, después de Popper, en vez de “verdadera” habría que decir “verosímil”). Aquí encuentra su lugar natural el instrumental técnico y el laboratorio, inseparables de la investigación científica moderna.

2) Las ciencias histórico-hermenéuticas tienen como método la comprensión hermenéutica del hombre y su obra. Comprensión que, a la manera de la interpretación artística, jurídica y bíblica, tiene como momento esencial y definitivo la aplicación al intérprete de la verdad que se hace presente en esa persona u obra humana interpretada.

3) Las ciencias críticas son hermenéuticas, pero añaden explícitamente la intención liberadora: la reflexión se hace con el objeto de discernir lo que en las (cuasi)leyes de la conducta humana es expresión de relaciones invariables, naturales, de lo que no es más que expresión de relaciones de dependencia, transformables en principio, pero anquilosadas mediante mecanismos como la racionalización o la ideología.

4) La filosofía usa como método la reflexión orientada a la resolución de la realidad en el ser.

5) La teología hace una hermenéutica espiritual; hermenéutica, porque su tema es un hombre singular y su obra, Jesús de Nazaret; pero hermenéutica espiritual, porque sólo el Espíritu de Dios puede poner al intérprete teológico a la altura de Jesús.

6) La estética discierne lo bello gracias al gusto.

4. ACERCA DE LA RELACIONES ENTRE CIENCIAS, FILOSOFIA Y TEOLOGIA

Nos queda por asomarnos a las relaciones entre las ciencias modernas, la filosofía y la teología. Para aproximarnos a ellas hay que partir por reconocer dos dialécticas que se dan en cada punto de vista particular sobre la realidad. Luego se puede mostrar la necesidad de buscar la integración entre los diversos puntos de vista, que corren siem-

pre el riesgo de encerrarse en su mundo propio particular; para terminar mostrando lo fecundo que puede ser un auténtico diálogo entre ciencias, filosofía y teología.

a) *Dos dialécticas en cada punto de vista*

La primera de estas dialécticas es la que se da entre contingencia y necesidad. En la medida en que los diversos puntos de vista tienen su raíz en estructuras de la naturaleza humana individual y colectiva, tienen cierto carácter necesario: son posibilidades dadas con la naturaleza humana.

Pero, al mismo tiempo, estos puntos de vista se van constituyendo de diversas formas a lo largo de la historia y no alcanzan su pleno estatuto científico sino en tiempos muy recientes. Para referirse a esta dialéctica, Habermas ha usado el término "cuasitrascendental". Hay que cuidarse aquí del progresismo típico de la modernidad que, al reconstruir la historia de la constitución de los diversos puntos de vista, la transfigura en historia lineal de progreso, desconociendo que la historia es no sólo de avances sino también de retrocesos, en los que se pierden puntos de vista sobre la realidad, sea por pérdida de la capacidad exigida para ver desde ahí, sea por deslumbramiento con un punto de vista recientemente descubierto, cuya exploración acapara todas las energías intelectuales.

La segunda dialéctica es la que hay entre particularidad y universalidad. Por lo ya visto, es obvio que cada punto de vista da origen a un corte particular de la realidad. Las ciencias empírico-analíticas abren a la realidad en cuanto manipulable técnicamente y en cuanto objetivable. Las ciencias histórico-hermenéuticas abren al mundo en cuanto realidad construida socialmente. Las ciencias críticas, al mundo humano en cuanto atravesado por la dominación y la dependencia. La filosofía, al mundo en cuanto participa del ser. La teología, al mundo en cuanto muestra la presencia o la correlativa ausencia de Dios. La estética, al mundo en cuanto belleza que el hombre puede gozar.

Pero cada corte es, al mismo tiempo, universal. No sólo en cuanto muestra un aspecto verdadero de la realidad, sino también en cuanto todo ser humano es capaz de hacer suyo ese punto de vista y captar, desde él, ese aspecto de la realidad.

b) *La búsqueda de integración y el riesgo de encierro en un punto de vista particular*

La búsqueda de integración es, de hecho, posible. En efecto, podemos ponernos sucesivamente en los diversos puntos de vista sobre la realidad. Más aun, esta búsqueda es necesaria, porque hay en el ser humano un apetito irresistible de unidad, que no le permite conformarse con una diversidad inconciliable. No sólo el hombre que conoce es uno y el mismo, sino que también postulamos que la realidad es, como el cono de nuestra analogía, una unidad.

La búsqueda de integración se ve reflejada en el hecho de que en cada época hay una cierta racionalidad común a la elaboración de los resultados que dan los distintos puntos de vista sobre la realidad. Racionalidad común que se expresa en lo que Kuhn ha llamado "paradigmas" de la ciencia (3), o en lo que, más ampliamente, podemos

(3) Thomas S. Kuhn, *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

llamar la pregunta-guía de una época, es decir, el modo particular de sentir saciada la pregunta que nos suscita la realidad. Si en los siglos del racionalismo mecanicista la pregunta por lo real quedaba saciada cuando se conocían los encadenamientos causales unidireccionales que dan cuenta del fenómeno observado, el siglo XIX evolucionista no se conformaba sino con la reconstrucción de la génesis del fenómeno, y hoy pareciera que la satisfacción se experimenta ante la exposición del sistema del que el fenómeno forma parte, sistema hecho de interrelaciones recíprocas que acaban con la unidireccionalidad de la causalidad mecánica.

Sin embargo, una y otra vez en la historia se suspende la búsqueda de integración porque se cae en erigir un punto de vista particular como universal y, por lo tanto, como único adecuado a la realidad.

Conocemos las diversas formas del positivismo y del cientismo desarrolladas desde el siglo pasado, nacidas de la absolutización del corte científico de la realidad. Hoy, como se ve en ciertos filósofos llamados postmodernos, por ejemplo en Gianni Vattimo (4), se corre el riesgo de disolver lo real en el lenguaje, haciendo del punto de vista hermenéutico el único posible. Conocemos también las tentaciones de absolutizar un sistema filosófico, identificado prematuramente con lo real, y de dogmatizar un sistema teológico como si pudieran sus fórmulas contener al Dios siempre más grande. Hay también suficientes ejemplos históricos de esteticismo.

En cierto sentido, la tentación de encerrarse en un punto de vista es inevitable, sobre todo hoy, dado que vivimos una especialización de las disciplinas científicas, filosóficas y teológicas que todo lo fragmenta y que hace imposible que una persona pueda ni siquiera intentar conocer todos y cada uno de los cortes posibles de la realidad. Por otro lado, hay que tener en cuenta también el efecto de deslumbramiento que produce todo nuevo descubrimiento, que en un primer momento hace ciego para ver las demás posibilidades. Para prevenir esta tentación puede ser útil dar un paso más y mostrar los aportes mutuos de ciencias, filosofía y teología.

c) *Un diálogo enriquecedor*

La salida de la dificultad señalada no puede ser otra que la búsqueda de un diálogo entre filosofía, teología y ciencias, en que cada disciplina aporte lo propio de su riqueza, de tal modo que esa riqueza pueda ser integrada por las otras disciplinas.

Así, las ciencias modernas aportan su profundo respeto a la resistencia de lo real, que no se pliega a nuestros deseos, imaginaciones ni teorías; respeto encarnado en su paciente método experimental y en su minuciosa capacidad de observación y medida. Filósofos y teólogos, que trabajamos con el lenguaje, que aparentemente todo lo resiste, podemos caer en la tentación de perder exactitud, como si el ser o el Dios revelado en Jesucristo no tuvieran una consistencia real tanto o más resistente a nuestra imaginación que la estructura física, química y biológica de la naturaleza.

Por su parte, el aporte de la filosofía consiste fundamentalmente en mantener siempre abierta la pregunta por la (inalcanzable) totalidad de la realidad. Dicho con

(4) Ver Gianni Vattimo, *La fine della modernità*. Milano, Garzanti, 1985.

nuestra analogía, la filosofía nos dice que el cono existe y trata de expresarlo de manera cada vez más adecuada, aunque siempre insuficiente.

Por último, la teología, que reflexiona sobre el ofrecimiento del Evangelio de Dios en Jesucristo, aporta dos riquezas principales. Por un lado, una invitación a ver que ese cono es tal que todas sus líneas pasan por un mismo punto: en Cristo, Alfa y Omega, estas líneas se encuentran, porque se originan en El y tienden a El como a su meta. Por otro lado, un principio de integración de la diversidad de la realidad y de nuestros cortes cognoscitivos, que no es monolítico sino trinitario; en efecto, desde la revelación cristiana de Dios como Trinidad, es decir, no como suprema soledad (como la esfera absolutamente homogénea del ser de Parménides) sino como comunión de Personas diversas, y en la medida en que toda la realidad, por el hecho de ser creatura suya, tiene alguna huella del Dios Trino, debemos suponer que la integración de la diversidad no puede proceder por absorción de lo diverso en lo mismo, sino más bien por participación o comunión de lo diverso entre sí, por enriquecimiento de cada uno con la diversidad de los otros, respetada a fondo y enriquecida a su vez con mi diversidad.

Finalmente, pienso que este diálogo tripartito entre las ciencias, la filosofía y la teología puede contribuir a sacar a los diálogos bilaterales del callejón sin salida en que habitualmente terminan, porque suelen hacerse de manera confrontacional.